





ES EXTRAÑA LA  
AMISTAD



JAVIER PUEBLA

ES EXTRAÑA LA  
AMISTAD

algaida



Imagen de cubierta: Antonio Pacios  
Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: 2021

© Javier Puebla, 2021  
© Algaida Editores, 2021  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9189-502-2  
Depósito legal: SE. 403-2021  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

1. CARA A .....	11
2. CARA B.....	23
3. CARA A .....	39
4. CARA B.....	65
5. CARA A .....	115
6. CARA B.....	159
7. CARA A .....	189
8. CARA B.....	209
9. CARA A .....	219
10. CARA B.....	245
11. CARA A .....	257
12. CARA B.....	275
13. CARA A. EPÍLOGO (ONCE AÑOS DESPUÉS)..	299
AGRADECIMIENTOS.....	309





*Para Max, que es mi hijo,  
pero también es mi amigo*



1  
CARA A



**N**O FUI CAPAZ DE RECONOCER A MI MEJOR AMIGO. CIER-  
to que catorce o quince años sin ver a una persona es  
mucho tiempo, un océano de tiempo para una me-  
moría como la mía que ya comienza a deshilacharse a causa del  
interminable rosario de noches en vela, excesos con el alcohol  
y el hachís, y horas pasadas ante el televisor y la pantalla del  
ordenador a causa de mi trabajo. Pero aún no sé si me falló la  
memoria, ese banco de datos desordenado y polvoriento que  
administra mi cerebro, o si fue otra la razón, pero el caso es  
que no reconocí a Alberto Delgado. Lo admito y confieso y a  
la vez no me lo creo, pues, aunque en catorce o quince años un  
hombre pierde pelo, gana peso, se le aflojan los músculos, se le  
agarrotan los huesos y su mirada pierde brillo, no reconocer a  
Alberto era algo absurdo e incomprensible que me dejó sumi-  
do en el más absoluto estupor y desconcierto durante muchos  
días, semanas enteras, porque Delgado era, lo fue durante mu-  
chos años y jamás ha sido sustituido en mis afectos por ningún  
otro, mi amigo del alma, mi mejor amigo.

Atravesaba una templada tarde de finales de mayo el viaducto de Segovia, con su estúpida y antiestética barrera de cristal antisuicidas, a un trote que me complacería calificar de atlético pero que sin duda, hay que ser sincero con uno mismo, debía resultar más cercano a lo patético que a lo glorioso a los ojos de cualquier viandante menor de cien años que se cruzase en mi camino, cuando un desconocido, sí, un desconocido, levantó su mano derecha y me obligó a detenerme. Aún seguí saltando unos instantes sobre mis deportivos antes de despojarme de los auriculares, apagar el *walkman* en el que sonaba una anticuada canción, *Dreamer*, de un grupo llamado Supertramp, y enfrentarme a una larga sonrisa que, inexplicablemente, me provocó una fuerte sensación de vértigo; había algo familiar en esos labios delgados y dilatados hasta el extremo de desbordar los límites del rostro para quedar anclados en los redondos lóbulos de unas orejas menos imperfectas que grandes.

—Sam, tío, ¡cuánto tiempo!

Le miré de arriba abajo, resoplando, tratando de recobrar el aliento, avergonzado de las manchas de sudor, las enormes alforjas dibujadas en mi descolorida camiseta de color gris con un dibujo en el pecho del una vez amarillo gato Garfield, de los pantalones cortos que habían sido holgados y que ahora se abrazaban a mi abdomen con la misma obcecación que lo haría un adolescente al cuerpo de su primera novia. Tenía que comprarme unos pantalones de deporte nuevos, era urgente, como también lo era renovar mi colección de cedés; llevaba años repitiéndomelo a mí mismo, pero nunca encontraba el momento, como nos sucede siempre a los que tenemos demasiadas horas libres al día y nos ocupamos única y exclusivamente de nosotros mismos, de ir satisfaciendo los caprichos, cada vez más blandos y estériles que nos asaltan y de los que

no sabemos ni queremos defendernos, aunque en ocasiones nos engañemos afirmando lo contrario.

—¿Desde cuándo haces deporte?

—Tanto como deporte...

Resoplé, agotado y sucio, deseando libramme lo más rápido posible de aquel pelmazo de sonrisa excesiva y llegar a casa para darme una ducha, liarme un porro y sentarme delante del televisor. Me apoyé en la barrera protectora y desvié la mirada hacia el norte, con la esperanza de que la masa verde formada por la Casa de Campo ejerciese un efecto lenitivo sobre lo incómodo de la situación: alguien que te saluda como si te conociese de toda la vida y a quien tú no eres capaz de identificar. ¿Un compañero de mi anterior trabajo, de la universidad, del colegio?, ¿De otra vida?

—Sam. Samuel López Sañudo. Sammy. No podía creer que fueses tú cuando te he visto acercarte corriendo como un podenco que ha perdido la pista de su liebre. Algún kilito extra, pero en el fondo no has cambiado nada, el mismo Sam de siempre.

¿Que no he cambiado nada? Soy la prueba viva más evidente de la decadencia física y moral que conozco. Mi estómago antes plano ahora es una bola deforme e incontrolable que apenas logran contener mis calzoncillos; bajo mis ojos, cada vez más pequeños y saltones, se han formado dos antiestéticas bolsas grisáceas; la piel se me ha llenado de manchas y mi único recurso para ocultar la calvicie es raparme el cráneo por completo cada quince o veinte días. Por no hablar de mis sueños, mis megalomaniacos y supuestamente imperecederos sueños de juventud. He renunciado a todos, hasta a los más humildes, aunque miento, desde luego, miento cada vez que se me presenta ocasión y alguien tiene la amabilidad, o la torpeza, o incluso la impertinencia, de preguntarme por mis proyec-

tos; entonces, ah embriaguez de la fantasía, despliego mi enorme cola de pavo real obligado a vivir entre pavos comunes y dibujo un futuro maravilloso y perfecto, a mi medida, que haría palidecer de envidia a un rey. En esos momentos de delirio verbal hasta yo creo en mis palabras. ¿Y por qué no? Siempre podría suceder que mañana fuese un gran día y me tocase la lotería, o que algún tío rico a quien no conozco me dejase una herencia tan desmesurada que hasta para un manirroto endémico como yo fuese imposible dilapidarla. *No has cambiado nada.* Una frase, por muy falsa que sea, que a cualquiera le gusta escuchar. Me quité la gorrita que cubría mi cabeza casi por completo descabellada; apenas unos islotes de pelos antiestéticamente diseminados como los de una muñeca a quien su dueña hubiese maltratado a conciencia; en cuanto llegase a casa me pasaría la máquina de afeitar por el cráneo. ¿Quién era aquel tipo de mirada burlona —ahora era evidente que se reía de mí, de mi desconcierto y probablemente también del ridículo aspecto de un hombre de mediana edad y fofo en ropa de deporte— que me había obligado a detenerme, abandonar mi pequeño mundo de canciones anticuadas, y que conocía no sólo mi nombre sino incluso mis dos apellidos?

—¿Qué estabas escuchando? ¿Supertramp? ¿Sigue siendo tu grupo favorito? ¿*Crime of the Century*?

Negué como un imbécil, molesto. *Antes de que cante el gallo me negarás tres veces, mi amado Pedro.*

—Les escucho alguna vez, pero ahora más bien me va la música étnica. ¿Conoces a Subramaniam? Un árabe insuperable, cojonudo.

—¿No sabes quién soy? ¡Es genial! Increíble. No me reconoces, ¡qué pasada! No puedo creérmelo.

Su carcajada, franca y desinhibida, sólo logró aumentar la gradación de mi creciente desconcierto. Era un sonido úni-



co, estridente y alegre al mismo tiempo, prueba de que quien la emitía se estaba divirtiendo realmente, no fingiendo, como sucede casi siempre en sociedad. Esa carcajada sí que me recordaba la de alguien, pero no era igual, no era la misma, joder, no era la misma. *Quizá me estoy volviendo loco, pero fue la primera pista, y sigo estando seguro, casi seguro, de que no era la misma.*

—Gordo no soy. Yo no soy el Gordo, porque el Gordo...

Recitó enarcando las cejas, bailando el índice derecho, antes de volver a reírse en mis narices, mi boca abierta a causa de la incredulidad. Esa risa alzándose sobre el estruendo de los coches que rodaban sobre el puente, robándole al cielo que se teñía de malva y rosa sobre la catedral de la Almudena el protagonismo del momento. Por fortuna no había testigos, sólo automóviles atravesando el viaducto en doble dirección ensimismados y veloces.

... *Gordo no soy.* No, él no era gordo *porque Gordo era yo.* Gordo y Delgado, así nos presentábamos, nos presentaba él, que solía ser quien llevaba la voz cantante cuando conocíamos a alguien nuevo, preferiblemente una chica, y teníamos ganas de guasa, que era casi siempre. Aun así no quise dar mi brazo a torcer, pronunciar su nombre, porque era inadmisibile para mí no haberle reconocido. Alberto, Alberto Delgado. La última vez que supe de él fue en julio de 1998 cuando pasó por Madrid para despedirse de mí porque, según me explicó, había aceptado la plaza de canciller en la Embajada de España en el Líbano, en Beirut; un país por aquel entonces en guerra. Escudriñé, desconfiado, el rostro de facciones corrientes, y por un momento sí que le vi. Cuando se fue a Beirut llevaba barba, siempre había llevado barba o perilla o bigote y el pelo más bien largo, y ahora iba pulcramente afeitado y con un cor-

te de pelo tan esmerado que hacía pensar en una peluca. Iba a rendirme cuando se quitó el antifaz, las gafas oscuras que le cubrían la mirada, y rehíce mi guardia al instante; no era él, no podía ser él. Aquellos ojos no eran los de Alberto Delgado, los ojos de mi mejor amigo. Mi mejor amigo desde los dieciséis hasta los treinta años. Entrecerró los párpados y volvió a reírse, haciéndome sentir como el idiota de los idiotas. Su cacareo era una excelente imitación de la risa de mi amigo, pero no pasaba de eso, de una excelente imitación que sonaba casi idéntica a la de Alberto, la famosa risa de Alberto Delgado, única en todo Madrid capaz de certificar que una noche de juerga había sido un éxito en la maravillosa época en la que aún éramos ingenuos cachorros recién destetados y pensábamos que la muerte y la decadencia eran estigmas que mancharían a los demás, pero que a nosotros jamás llegarían a alcanzarnos, porque éramos inmortales. La inmortalidad. El estupidísimo juego de la inmortalidad. A los cuarenta y cinco años no quiero que nadie me hable de semejante memez. Cuando veo a los nuevos y jóvenes cachorros, nuestro reemplazo, no puedo sentir sino compasión, deseos infinitos de cogerlos entre mis brazos y llorar sobre sus inexpertas cabezas, llorar hasta que se ahoguen en mis lágrimas y así no tengan que conocer jamás la decadencia y el futuro.

—¿Eres Alberto, Alberto Delgado? ¿En serio? Perdona, tío, pero es que estás cambiadísimo.

Mi guardia alta. Mi escepticismo desplegado sin el menor disimulo. Cambiadísimo era decir poco, y comenzaba a sospechar que se trataba de algún tipo de burla, de una broma macabra y sin sentido montada por alguien que me conocía bien y deseaba vengarse de alguna afrenta o simplemente reírse a mi costa. Hasta busqué con la mirada una posible cámara oculta filmando la escena. No vi ninguna, pero ese cabrón que

tenía enfrente no había cumplido los cuarenta y cinco ni de broma, como máximo treinta y siete o treinta y ocho. Soy muy bueno calculando la edad del prójimo y no creo en pactos con el diablo, aunque sí en los milagros de la moderna cirugía estética... Pero también era más alto y corpulento que Delgado, mucho más corpulento. Hice un esfuerzo de memoria, apartando hilos, cortando telarañas, reconstruyendo con *pixels* imaginados los fragmentos perdidos para recordar cómo era Alberto antes de irse a Barcelona, la primera vez que abandonó Madrid, cinco años antes de que decidiese desaparecer tras aceptar aquella plaza diplomática en Beirut. Siempre había sido puro nervio, pero el nervio —mi memoria saltó cinco años en una milésima de segundo— se había transmutado en fragilidad tras el lustro pasado en la ciudad condal. No había rastro de nervio alguno en aquel hombre, y menos aún de fragilidad. Era como Anthony Hopkins interpretando a Nixon; los gestos iguales, demasiado iguales, pero el alma radicalmente diferente.

—A partir de cierta edad hay que cuidarse, Samuel.

Esos reflejos sí que eran los de Delgado: una máquina de procesar información a velocidad de vértigo. Respondiendo a mis dudas sin necesidad de que mi boca las formulase. Sonreí sin querer, ya el aliento recuperado, deseando ser capaz de preferir ser antes un paranoico que alguien a quien están engañando. Porque si simplemente era un paranoico, un iluminado que veía fantasmas donde no los había, eso significaba que mi viejo amigo había regresado para que este asqueroso mundo fuese un lugar un poco más soportable. Necesitaba que siguiese hablando, explicándose, y no vaciló en complacerme.

—Hago deporte todos los días. Estoy más en forma, creo, que hace veinte años. ¿Te acuerdas que antes no aguantaba una noche sin dormir? Pues ahora sí, ahora aguanto lo

que me echen. Supongo que tanto ejercicio ha debido de transformarme físicamente, y además me hice un trasplante de pelo hace un par de años, pero no puedo creer —me pasma— que el cambio sea tan radical que ni siquiera tú seas capaz de reconocerme. Tú, el hombre que inventó conmigo el gordismo, que puso en pie él solo *las oleadas irritantes del Manzanares*, mi actor fetiche.

Jaque mate. Ahí me ganó. Ahí ganó Alberto Delgado al imbécil de Samuel López Sañudo. Me rendí y le puse una mano sobre el brazo. *Su actor fetiche*. Qué bárbaro; me sentí impresionado al tocarle; era cierto que se había convertido en un atleta. Y parecía factible, ya que había debido de ganar dinero a espuestas en su época de diplomático, que se hubiese hecho un trasplante capilar. Y quizá hasta se hubiese pasado una plancha láser sobre las arrugas del entrecejo. Mi mejor amigo, el único que siempre estaba a mi lado cuando el universo —tras dejarme bien claro que no sólo no iba a ser inmortal, ni en ese ni en ningún otro momento— había dejado de presentarse ante mí como una vagina rosa y acogedora que me podría a follar cada vez que me viniese en gana para convertirse en una gran polla fea y arrugada cuya mayor distracción era mearme encima. Pero cuando sucedía, cuando la realidad me meaba encima, aparecía Alberto —procedente de Barcelona o cualquier otro sitio— para explicarme que no, que nadie me estaba meando encima, sólo llueve, hombre, sólo llueve, y que seguía siendo inmortal y acabaría follándome al mundo. Éramos inmortales y no había prisa, ese era siempre su mensaje, su seguridad, aun en los peores momentos, cuando ya se había transformado en un manojo de nervios pero mantenía incólume su fe en los milagros; ya nos abrirían, repetía con absoluta convicción, los museos sus puertas y las mujeres de belleza imposible sus piernas.

—Flaco, eres tú. Realmente eres tú. ¡Qué alegría!

Abrí los brazos. Feliz, encantado, hechizado como un niño que encuentra su tebeo favorito perdido durante diez siglos.

—Gordo, siempre tan en tu propio mundo; pero antes no eras tan desconfiado. ¿Quién pensabas que era? ¿Un actor haciéndose pasar por mí? Todavía no soy tan famoso ni importante para que nadie me imite o pueda tener el menor interés en suplantar mi personalidad. Venga, Gordo, venga ese abrazo.

Me dejé caer, derrumbado, sobre sus hombros de gorila. Y así estuvimos un buen rato, abrazados y temblando; al menos yo temblando. Debíamos parecer dos maricones reconciliados tras una pelea amorosa, llorando, al menos yo, como *croissants* saliendo de un tazón de leche, en mitad del puente de los suicidas, desde el que ya no te puedes ni suicidar porque el Ayuntamiento ha puesto un muro transparente para que nadie salte, para que nadie muera haciéndose mermelada de fosfatina que ensucie el asfalto, nadie, sin su permiso.